



*Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados.
Bienaventurados los humildes[a], pues ellos heredarán la tierra.
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados.
Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia.
Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios.
Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios.
Bienaventurados aquéllos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados serán[b] cuando los insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de Mí.
Regocíjense y alégrese, porque la recompensa de ustedes en los cielos es grande, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes que ustedes.*

Mateo 5:3-12

Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios

Hay dos palabras que debemos comprender a fondo para no perder o no estropear la belleza de esta bienaventuranza: “corazón” y “puro”.

En la acepción bíblica, el corazón es como el manantial de la persona: es esa profundidad, esa raíz de la cual germina el pensamiento, el sentimiento, la voluntad, la acción; de ella surgen las relaciones –con Dios y con los otros. El corazón es el punto de síntesis, de unidad, del vivir: es la fuente, antes que la vida se canalice en las distintas ramificaciones y caminos.

Puro, en la Biblia, es lo que pertenece a la esfera de Dios, lo que es conforme a Él, lo que se le asemeja, lo que lo refleja. La pureza permite a la persona estar delante de Dios, de acogerlo, de vivir de la Alianza, la reciprocidad.

Muy pronto la revelación bíblica recuerda los dos términos e indica al corazón como lugar y ámbito de la pureza (Cf. Sal 15; 24; 73; Is 33, 14-16; Jer 24, 7; Ez 18, 5-9; etc.).

El evangelista san Mateo retoma el tema en dos pasajes: en 15, 1-20, en el que Jesús dice que la pureza de la persona no depende de la materialidad de lo que toca o de lo que come, sino del corazón, de las intenciones, del centro de gravitación de la vida. El segundo texto es 23, 21-39, en la polémica contra los fariseos, donde surge que la verdadera pureza, para Jesús, es la interior, la de la lealtad, la de la verdad amada y vivida, la de la transparencia: precisamente la pureza del corazón.

Es por eso que no se ha de entender al puro de corazón (como se ha insistido desde el siglo XIX en adelante) con referencia dominante a la castidad o al recto uso de la sexualidad, sino en un sentido global más global y profundo, a la integridad de la persona, a las intenciones que la determinan, a su presentarse en verdad y en forma responsable delante del Señor y de los hermanos.

Lo opuesto del “puro de corazón” no es solamente lo que es vencido por los impulsos o por los instintos sexuales no dominados y purificados por la lógica exigente del amor. Lo opuesto es el hipócrita, el que tiene dos caras, que ama más parecer que ser, el que da más importancia a la piel que al corazón. El hipócrita se ocupa más de sí como personaje que como persona: la persona es un rostro, el personaje una máscara; la persona es una identidad, por eso es verdad, es transparencia, es corazón que se revela; el personaje es una apariencia, por eso es vitrina, mistificación, sustracción y opacidad del corazón.

Esa hipocresía se torna directamente dramática cuando se hace presente en la vida de un cristiano, porque reduce el centro del mensaje evangélico —el corazón— a cáscara, a yeso que cubre y defiende una vida idólatra. Encaminándose hacia el martirio, el gran obispo san Ignacio de Antioquía escribió a las comunidades cristianas, diciendo que “¡es mejor ser cristianos sin decirlo que decirlo sin serlo”.

En consecuencia, el corazón puro es el “corazón nuevo” anunciado por los profetas, es decir, la raíz de la persona, el centro de la vida renovado por el don y por la fuerza del Espíritu.

Los “puros de corazón” que Jesús declara “bienaventurados” son los simples, los pequeños, los niños según el Evangelio: “si no se hacen como niños no entrarán en el reino de los cielos”. Los puros de corazón son los discípulos en su deseo y en su compromiso de seguir a Jesús.

“Porque verán a Dios”. La conclusión de la bienaventuranza se realiza en dos direcciones. La pureza, como tersura del corazón, permite ver “más allá” del corazón mismo, y lo “otro” del corazón es Dios. ¡Una persona de corazón puro es una ventana abierta a Dios! A través de su persona, sus palabras, sus obras vislumbran el rostro del Señor, Su proximidad a tu vida. Es lo que percibe la gente, a veces también sólo de manera bosquejada e intuitiva, cuando encuentra a un santo, tenga o no aureola. ¡El corazón puro es un corazón transparente, al igual que el vidrio pulido de una ventana, a través del cual puedes ver más allá de tu habitación, ves el afuera, ves el cielo!

Pero “ver a Dios” es también el muelle de la vida, la meta del recorrido cristiano (cf. 1Cor 13, 10ss; 1Jn 3, 2s; Ap 22, 4ss): es la plenitud de la comunión, la nupcialidad del encuentro.

Cuando el autor del *Apocalipsis* quiere describir la Jerusalén del cielo, la ciudad hacia la cual – con cansancio y valentía- buscamos caminar cada día, dice que ella es “semejante al cristal” (21, 18): es una ciudad transparente, llena de pureza y luminosa; es la ciudad en la que se tiene el desvelamiento, la evidencia de Dios y el don de una fraterna y cálida reciprocidad, sin sustracciones y sin opacidades. Hacia esta “ciudad de cristal” buscamos hacer avanzar también hoy nuestro camino, permitiendo que el Espíritu del Señor nos purifique el “corazón”.

Mons. Mansueto Bianchi
Asistente eclesialístico del FIAC, biblista



EL HOMBRE DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

Beato Pier Giorgio Frassati



Pero, ¿qué significa “bienaventurados” (en griego *makarioi*)? Bienaventurados quiere decir felices. Decidme: ¿Buscáis de verdad la felicidad? En una época en que tantas apariencias de felicidad nos atraen, corremos el riesgo de contentarnos con poco, de tener una idea de la vida “en pequeño”. ¡Aspirad, en cambio, a cosas grandes! ¡Ensanchad vuestros corazones! Como decía el beato Piergiorgio Frassati: «Vivir sin una fe, sin un patrimonio que defender, y sin sostener, en una lucha continua, la verdad, no es vivir, sino ir tirando. Jamás debemos ir tirando, sino vivir» (Carta a I. Bonini, 27 de febrero de 1925). En el día de la beatificación de Piergiorgio Frassati, el 20 de mayo de 1990, Juan Pablo II lo llamó «hombre de las Bienaventuranzas» (*Homilía en la S. Misa: AAS82 [1990], 1518*).

Si de verdad dejáis emerger las aspiraciones más profundas de vuestro corazón, os daréis cuenta de que en vosotros hay un deseo inextinguible de felicidad, y esto os permitirá desenmascarar y rechazar tantas ofertas “a bajo precio” que encontraréis a vuestro alrededor.

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA XXIX JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD 2014



A mí siempre me gusta asociar las Bienaventuranzas con el capítulo 25 de Mateo, cuando Jesús nos presenta las obras de misericordia y dice que en base a ellas seremos juzgados.

Les invito por ello a descubrir de nuevo las obras de misericordia corporales: dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los desnudos, acoger al extranjero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: aconsejar a los que dudan, enseñar a los ignorantes, advertir a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, soportar pacientemente a las personas molestas, rezar a Dios por los vivos y los difuntos.

Como ven, la misericordia no es “buenismo”, ni un mero sentimentalismo. Aquí se demuestra la autenticidad de nuestro ser discípulos de Jesús, de nuestra credibilidad como cristianos en el mundo de hoy.

A ustedes, jóvenes, que son muy concretos, quisiera proponer que para los primeros siete meses del año 2016 elijan una obra de misericordia corporal y una espiritual para ponerla en práctica cada mes. Déjense inspirar por la oración de Santa Faustina, humilde apóstol de la Divina Misericordia de nuestro tiempo:

«Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla [...] a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos [...] a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mis prójimos sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos [...] a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras [...] a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio [...] a que mi corazón sea misericordioso para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo» (Diario 163).

PAPA FRANCISCO PARA LA JMJ CRACOVIA 2016

Escribanos a este correo electrónico
info@fiacifca.org o en Facebook (difundir la página!)
www.facebook.com/fiacyouthcoordination
o Twitter @infosf2015
www.catholicactionforum.org